

www.puntodelectura.com

El silencio de Cleaver

Tim Parks

Traducción de Miguel Martínez-Lage

punto de lectura



Título original: *Cleaver*

© Tim Parks, 2006

© Traducción: Miguel Martínez-Lage

© De esta edición:

2010, Santillana Ediciones Generales, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España)

Teléfono 91 744 90 60

www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-2468-7

Depósito legal: B-1.898-2010

Impreso en España – Printed in Spain

© Imagen de portada: Getty Images

© Diseño de portada: María Pérez-Aguilera

Primera edición: febrero 2010

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Primera parte

I

En el otoño de 2004, poco después de su memorable entrevista con el presidente de Estados Unidos y después de la publicación de la autobiografía novelada de su hijo mayor, que se publicó con el cruel título de *Bajo su sombra*, Harold Cleaver, famoso periodista de prensa y televisión, cineasta y autor de conocidos documentales, tomó un vuelo de la British Airways en el aeropuerto londinense de Gatwick con destino a Malpensa, Milán, desde donde siguió por ferrocarril hasta Bruneck, en el sur del Tirol, y de allí en taxi, con rumbo norte, hasta el pueblo de Luttach, a pocos kilómetros de la frontera entre Austria e Italia, lugar a partir del cual tenía la esperanza de encontrar alojamiento en un remoto paraje, aislado, entre los montes, donde pasar los siguientes años de su vida, no forzosamente los últimos. Eso es hacer el rata con tus responsabilidades, según interpretación de Amanda. Amanda es la madre de sus hijos. Las responsabilidades de un hombre a estas alturas de la vida, dijo Cleaver, eminente, con exceso de peso, a la mujer con la que había compartido treinta años, no pueden ser más que financieras, y a raíz de una decisión tomada sólo horas antes le cedió mediante documento firmado una suma de dinero muy considerable, de la que ni ella ni los

tres hijos suyos que aún vivían podrían haber tenido la menor necesidad inmediata, con la sola excepción de Philip, el menor, que siempre estaba necesitado, si bien nunca aceptaba nada.

A la mañana siguiente, nada más tomar el tren de Gatwick, todavía bastante aturdido consigo mismo por haber dado un paso de tanta trascendencia, Cleaver apagó sus dos teléfonos móviles. Éste no es uno más de tus muchos proyectos, se repitió. Iba sentado frente a un joven que acunaba en el regazo su reproductor de CD, y que movía los labios cantando en silencio. No tienes previsto, como ha sido el caso de otros viajes más o menos largos, escribir un libro, ni rodar un documental. El joven, reparó entonces, tenía una mirada vítrea. Gracias a Dios que no me ha reconocido. El CD emitía un débil ronroneo. La cultura del sur del Tirol, tal como resulte ser, si es que es, se dijo Cleaver con firmeza, no tiene por qué ser sujeta a análisis, ni tiene por qué ser objeto de ironía, ni de críticas, ni de elogios. El negocio consistente en vivir en una remota cabaña perdida en el monte no precisa de dramatización ni de serialización. No hay por qué escribirlo al estilo de Thoreau en una especie de *Walden*. Arrancó el tren. El Tamesis de pronto quedó debajo, de pronto quedó atrás. La familiar extensión urbana del sur de Londres fue acelerando y pasó de largo.

Tampoco se cuestiona en modo alguno la conveniencia de recomendar nada a nadie, siguió reflexionando Cleaver una hora más tarde, al tomar el autobús del aeropuerto para llegar a la Terminal 2; ni se plantea siquiera la posibilidad de informar a los de casa acerca de cualquier clase de sabiduría presuntamente adquirida. Suerte tuvo de comprar un billete con salida casi inmediata. No llevo equipaje,

declaró. Nada. Nada, murmuró Cleaver finalmente, al abrocharse el cinturón de seguridad sobre el ancho abdomen: nada traerá a su regreso de este viaje, nada susceptible de insertarse en el debate nacional. Tras ser durante tantos años un maestro de la voz pública, ahora por fin podía olvidar la maestría y dejarla atrás. Ésa es la extraordinaria idea que a saber cómo se le ha impuesto a Harold Cleaver durante estos últimos días, que han sido días de muy considerable notoriedad pública y de intenso tumulto interior: ya va siendo hora de que cierre esta bocaza de una vez.

En el tren en que viajó de Milán a Verona, Cleaver se encontró en el mismo compartimento que una mujer joven, absorta en el estudio de lo que parecía ser un informe de marketing. Había gráficos de barras y se fijó en un subtítulo, *Bacino di afflusso*. Al recorrer con los ojos la hoja impresa, a veces se quedaba titubeando antes de detenerse a subrayar algo, una palabra o una frase, con un rápido giro de muñeca, un gesto depredador. Cada cinco minutos poco más o menos, molesta, se recolocaba una pañoleta blanca que se le resbalaba de continuo por el brazo esbelto, y a veces, sin dejar de estar pensativa, sonreía o fruncía el ceño, y con la mano libre retorció despacio un mechón de cabello oscuro entre dedos sabedores de lo que estaban haciendo. A Cleaver le agradó, ya en Verona, no haber intentado siquiera hablar con ella. Sólo cuando se puso en pie para bajar del tren se encontraron los ojos de ambos en la mutua conciencia de quien mira a sabiendas de que no volverá a ver al otro. Un arranque excelente, pensó. Su madre se quejaba cada dos por tres, según había escrito su hijo mayor en las primeras líneas de *Bajo su sombra*, de que mi padre era total y absolutamente incapaz de dejar

en paz a una mujer, tal como era total e irremediablemente incapaz de rechazar un ofrecimiento de comida, de bebida, de tabaco o, de un modo más crónico si cabe, una oportunidad de hablar en público en cualquier momento del día o de la noche. Era la ambición, la avaricia y el apetito en persona, las tres aes, según las llamaba su hijo en el libro, y era a un tiempo carnal y carnívoro. No he comido nada, de pronto se dijo Cleaver al estudiar el horario de salidas de la estación de Verona Porta Nuova, desde el té y la tostada que tomé esta mañana a primera hora.

Desde Verona tomó un segundo tren que remontaba el curso del río Adige en dirección al norte, por Valpolicella, hacia los lúgubres montes del Trentino. Pocas casas vio en las laderas de los montes. La tierra informe y yerma que se encajonaba a uno y otro lado del tren prometía una barrera sólida. Era fascinante cómo había reaccionado el público en general ante el libro de su hijo, pensó Cleaver, o más bien ante el libro de su hijo en combinación con la famosa entrevista con el presidente de Estados Unidos. Le hastiaba pensar en esa clase de cosas. Cuando un grupo de adolescentes con sus mochilas subió al tren en Rovereto, Cleaver buscó en los bolsillos unos tapones para los oídos. No es que hubiera llevado nada que leer. Ya no habría más lectura, había resuelto. Sencillamente, no deseaba oír, ni siquiera en una lengua que no conocía, todo lo referente a su vida compartida, a su ruidosa identidad colectiva. Si he de cerrar la boca de una vez, pensó, también puedo taponarme los oídos. Ya no habría más voces de ninguna clase.

Prácticamente solo en el andén de Franzenfest, a la entrada del paso de Brenner, a Cleaver le sorprendió la dulzura

del aire. ¿Qué olor es éste? Hierba recién cortada, mierda de vaca, madera serrada, nieve fundida sobre la piedra. Siguió de pie en donde estaba, sin animarse a dar un paso, a la escucha del repicar insistente de la campana de la estación, que anunciaba la llegada de su tren. Alzó la mirada y vio una catarata que caía por una ladera a gran altura. No escribiré cartas, pensó, y fue consciente de que se acercaba al final de su viaje. No se había llevado un portátil, ni siquiera un cuaderno, ni papel y pluma. Lo que me vaya a suceder, o lo que suceda a mi alrededor, no tiene por qué contarse, ni expresarse.

De Franzenfest a Bruneck el ferrocarril se reduce a una sola vía. Cleaver miraba por la ventana al tiempo que su tren cruzaba y descruzaba y volvía a cruzar un río de aguas grises que fluían en sentido contrario. Sólo iba en el vagón otro pasajero. En Ehrenburg estuvieron detenidos unos veinte minutos, a la espera de que pasara el tren en dirección oeste. El crepúsculo fue ahondándose en el valle. El ruido de las puertas al cerrarse dejó el aire más quieto y más frío. Bastante antes de Bruneck, el otro pasajero se puso de pie con impaciencia, cambiándose el maletín de una mano a la otra.

Luttach, dijo Cleaver al taxista. Fue la primera palabra que dijo desde que compró el billete en Gatwick, desde que llamó a Amanda desde la estación de Victoria para decirle adiós. Ése era su destino. Al menos dime adónde vas, le había exigido. El mundo entero está tratando de ponerse en contacto contigo. Luttach? El taxista se lo preguntó por confirmar. Completó el nombre con una inspiración para despejarse la nariz. Cleaver se había negado a decírselo. Luttach, repitió en el taxi, alterando la pronunciación para

complacer al taxista. El hombre se cubría con un sombrero verde, de fieltro, un rostro colorado, que también se cubría con un poblado bigote. No se puede creer la suerte que ha tenido, pensó Cleaver a la vez que el taxímetro comenzaba a medir la distancia. Ése es un pensamiento londinense, se dijo, corrigiéndose: un pensamiento anticuado. Si mi padre, según había escrito su hijo mayor, pudiera ir en taxi hasta el final de la calle, lo haría: lo habría llegado a hacer. A fin de cuentas, vivía con los gastos pagados. Si he de dar cuenta de mí mismo, había bromeado más de una vez en una sobremesa, doy la cuenta de gastos. Esta carrera en taxi será la última, decidió Cleaver. Estaba pagándola de su propio bolsillo.

El coche emprendió camino a una velocidad comedida, con rumbo norte, por el valle del Ahrn. Volvieron a cruzar y a descruzar el río, cuya corriente fluía en sentido contrario al de la marcha. El agua bajaba con más fuerza, espolvoreada de blanco. Ascendían a buen ritmo. Cuando pasaron por el pueblo de Gais, la oscuridad otoñal era completa. Se veían luces diseminadas aquí y allá, en las laderas, en lo alto. Esto era lo que recordaba Cleaver de su única visita anterior al sur del Tirol: luces aisladas en lo alto, en la noche alpina. Eso era lo que lo había llevado allí.

Cuando el valle se estrechó formando una garganta sobre Sand in Taufers, el taxista le hizo una pregunta: *Wohin wollen Sie?* ¿Disculpe? A Cleaver se le ha olvidado el poco alemán que llegó a saber, y no tiene ahora intención de recordarlo. En parte, ha venido aquí justamente porque no sabe alemán. La dirección, le dijo el hombre. Hotel, dijo Cleaver. No recordaba tampoco el nombre del hotel en el que se había alojado con Giada.

Daba igual. Cualquier hotel. El taxista negó con la cabeza, mirando rápidamente por encima del hombro. Alles geschlossen. Pronunció despacio, espaciando las palabras. Sommer ist zu Ende. Der Winter ist noch nicht da. Alles geschlossen, repitió.

Cleaver se quedó a la espera. El hombre verá que no llevo equipaje, se dijo. De nuevo en un llano, por encima de la garganta, pasaron por la zona de modernas construcciones, al pie de los telesillas. Todo el complejo de la estación de esquí estaba a oscuras. Los hoteles, alle geschlossen, insistió el taxista. Pero sigue conduciendo, observó Cleaver: no se ha parado. A los cinco minutos sí se detuvo el taxi en la aseada calle mayor de Luttach. Los escaparates estaban apagados. Todo está cerrado. Cleaver no hizo ademán de salir. ¿Hotel?, preguntó. Un taxista siempre sabe dónde encontrar un sitio donde pasar la noche. El taxímetro sigue corriendo, ahora cuenta más el tiempo que el espacio. Zimmer?, propuso el hombre. Ja, le dijo Cleaver. Tal vez sabe más alemán de lo que pensaba. Al fin y a la postre, los estudios para un certificado obligatorio nunca se olvidan. O no tendrían por qué olvidarse. El taxi siguió por la calle mayor y al final dobló a la izquierda para subir por una cuesta.

Kommen Sie doch. El taxista tomó a Cleaver del codo y lo llevó a una puerta recia. Es un bar, un salón sin decoración apenas, el suelo de madera, los bancos de madera, las mesas, una docena de hombres de cara colorada que charlan ruidosamente en dos grupos mientras juegan a las cartas. Hay una mujer que atiende. El taxista fue a hablar con ella. Son viejos amigos. Parado en la puerta, Cleaver saboreó el aroma extranjero de todo aquello, el rumor de

palabras que era posible considerar como mero ruido de fondo, la diferencia de la decoración, de la ropa de los hombres, del olor. Un olor a madera, pensó Cleaver, y a humo, y a cuero y a cerveza. Era emocionante. Vio que también la pared estaba revestida de madera, y que había unos viejos esquís de madera cruzados encima del mostrador, y polvorientas muñecas de porcelana en una repisa, sobre un fuego en el que humeaban los troncos a la brasa.

La mujer se acercó a hablarle. Es una de esas mujeres de las que se dice que están de buen ver, es decir, que ya ha pasado su mejor momento. *Wie viele Tage?* Se estaba secando las manos con un delantal azul. La falda que llevaba era de lana gris. Cleaver negó con un gesto. Se irritó acto seguido, al darse cuenta de que estaba imaginándose ante las cámaras. Estaba actuando, haciéndose pasar por una eminencia que ha llegado al quinto pino, de cara a un público imaginario. ¡Hay que ver dónde va a hacer Cleaver su programa de esta semana! Observen ustedes, diría a su público, el crucifijo insólitamente grande, de madera tallada, que está colgado sobre el banco de la esquina, el Cristo con las extremidades retorcidas, la sombría resignación en los ojos que vuelve hacia lo alto. *Armin!* La mujer se acercó a una puerta y dio una voz en el pasillo oscuro. Esto es algo que tienes que dejar de hacer, decidió Cleaver. *Armin, kimm iatz!* Tienes que limitarte a estar aquí, se dijo, nada más. Sin comentarios añadidos al hilo de lo que suceda. Los hombres que estaban en las mesas no habían dado muestras de curiosidad. Uno estampó una carta sobre la mesa y se echó a reír sonoramente, con algo de ronquera. Ni siquiera es alemán lo que hablan, comprendió Cleaver: debe de ser un rudo dialecto de montaña. Tanto mejor.

Un chico, un adolescente de catorce o quince años, apareció de mala gana. Lleva el pelo largo y parece haberse lo teñido de un negro azabache. Lleva un pendiente con una calavera. ¿Para cuántos días quiere la habitación?, le preguntó. La verdad es que todavía no estoy muy seguro, dijo Cleaver. Se corrigió: no lo sé. La mujer se ha dado cuenta, pensó, de que no traigo equipaje. Al menos tres o cuatro. Drei, dice el chico a su madre, y de inmediato se dispone a marcharse. El taxista ha dado unos golpecitos a Cleaver en el codo. Cincuenta euros, dice en inglés. Parece excesivo, pero ¿cómo voy a pedirle que me permita ver el taxímetro y consultar la tabla de precios? Uno de los jugadores de naipes lanza al recién llegado una mirada que podría ser de complicidad. Por la fuerza de la costumbre, Cleaver va a pedir que le extienda un recibo, pero entonces dice: nein, das macht nichts, y entrega al hombre cincuenta y cinco euros. Hasta haberla dicho, no tenía ni idea de que conociera la expresión.

En una serie de repisas y estantes y mesas, a lo largo de los tres tramos de escaleras de madera y de rellanos cuyo suelo cruje y rechina, hay más muñecas de porcelana vestidas con los trajes típicos de un siglo anterior al menos, los semblantes duros, brillantes, relucientes, los ojos azules y vítreos, muy abiertos, al tiempo que Cleaver sube trabajosamente, con respiración jadeante, conducido por la mujer de buen ver, que ya no está en su mejor momento. A poco más de dos palmos de su cara suben las medias marrones de la mujer, calzada con unas zapatillas verdes. Le llega su olor. Las escaleras le resultan de difícil ascenso, mucho más empinadas que las de su casa. En el rellano del tercer piso hay una enorme casa de muñecas, quizá de

metro y medio de alto y más de un metro de ancho y otro tanto de largo. Blancas y rosas, las caras de porcelana se asoman relucientes por todas las ventanas. La luz del hueco de la escalera es escasa, amarilla, y las prendas que visten las muñecas, con todas sus puntillas, parecen enmohecidas. La pared está revestida con franjas verticales de madera oscura, y una hoz antigua y mellada cuelga entre dos cortinas cerradas. Cleaver sonrió. En muchos sentidos, es una lástima que no le acompañe una cámara.

Pero para mayor sorpresa del eminente visitante, hay un pequeño televisor en su habitación con un impresionante mando a distancia. Sería sin duda impresionante, piensa en ese momento, decir que no, muchas gracias, ¡lléveselo! Un cebo que no debo picar. Está tratando de recuperar la respiración y la mujer ya se ha puesto a darle explicaciones. Habla muy deprisa. Hace indicaciones, señala esto y aquello. ¿Por qué lo hace, si sabe muy bien que no la puede entender? Señala una puerta que hay en el pasillo, más adelante, y le muestra toallas, repite las mismas cosas que ya ha dicho cientos de veces. Ella cumple con su deber sin tener en cuenta que el huésped tiene una nula capacidad de comprensión. Ahora, de pronto, la palabra Frühstück le suena de algo. Heißes Wasser, la mujer señala con el índice. Noch nicht. Y se va.

Así que aquí estoy. Cleaver se tiende en la cama. Lleva un abrigo de cuero, una chaqueta, una camisa rosa y una corbata amarillo limón, pantalón oscuro. Esta mañana, cuando salió de casa, podría perfectamente haber ido a los estudios y haber cobrado su finiquito. ¿Quedaba allí alguien que no hubiera intentado por todos los medios invitarle a cambiar de opinión, alguien que no se lo hubiera

suplicado? Y había sido ayer mismo. Piénsalo bien, insistió Michaels. ¡Por Dios bendito! La habitación estaba húmeda. No estaba encendida la calefacción. Nadie esperaba un huésped esa noche. Estás hecho un cerdo, se dijo Cleaver con las manos unidas sobre el abdomen. Un hombre de semejante peso, se dijo en voz alta, tendría que generar calor por sí solo. La habitación es bastante grande, pero en gran medida está vacía, y está polvorienta. Cuánto le gustaba a mi padre rimar las palabras gordura y sabrosura, había escrito su hijo mayor. Cleaver no tiene motivos para abrir los cajones ni el armario. ¿Qué vista tendrá por la ventana? Se levanta de la cama. No es más que un callejón estrecho, una fachada sin ventanas. Al darse la vuelta se fija en otra muñeca de porcelana sentada en la cómoda, en medio de un charco de encajes polvorientos. Tiene en el rostro la misma expresión inmutable de complacencia alelada. Tiene los ojos azules, grandes. No parpadea.

Cleaver acaba de tener un escalofrío. Así que aquí estamos, se repite, y vuelve a tumbarse en la cama. La única manta está sin lugar a dudas ligeramente húmeda. Al volverse sobre un costado toma conciencia de los dos móviles que lleva en el bolsillo. Por fin podré perder peso, pensó. Perder contacto, aminorar la tensión, relajarse. Sacó los teléfonos del bolsillo y los dejó en la mesilla de noche. Una superficie de madera de pino. Todos los muebles de la habitación son de pino sin tratar. O de fresno, o de abedul, a saber. Cleaver no entiende nada de maderas. Si hubiera sido más consecuente, ni siquiera habría traído un teléfono, reflexiona. Por otra parte, es imposible convertirse en santo de la noche a la mañana. ¿Habrá cobertura en medio de estas montañas?, se preguntó. Sonrió y sacudió la

cabeza, pero sucumbió intencionalmente a una tentación distinta. Se puso en pie, se acercó al televisor, accionó el botón y tomó el mando a distancia.

Acomodándose en la cama, se dio cuenta de que tenía frío en los pies. ¿Cómo es posible ser tan gordo y tener frío en los pies? Un hombre hablaba ante un micrófono, ante un público que se encontraba en un estudio. De inmediato, Cleaver sintió una punzada de ansiedad. Miró el reloj. En ese preciso instante, uno de sus dos sustitutos estaría en maquillaje. ¿De veras me he marchado? ¿Después de hacer picadillo al presidente de Estados Unidos? ¿En la cima de mi carrera? Vio que el presentador acercaba el micrófono a una boca bonita, unos labios fruncidos, que estaba en un asiento convenientemente situado junto al pasillo. Cleaver no tiene duda de que la chica está ahí a propósito. Comienza a decir algo con apremio y con aplomo, en alemán. Deben de contar con una cámara que recorre el pasillo, desde el fondo del estudio, para captar los gestos de asentimiento que hace el presentador. Lo de siempre. El hombre egregio está de acuerdo. Cleaver no tiene ni idea de qué están hablando. Algo serio, deduce. De pronto, todos se ríen a carcajadas. Una cámara en movimiento recoge un plano general. Los espectadores se ríen. La iluminación es un poco demasiado cruda, piensa Cleaver. Una risa aislada siempre es motivo de azoramiento. En el estudio, las butacas son verde oliva; los biombos del fondo son naranjas, las molduras son negras, sin brillo. Colores muy alemanes. Las estaciones de metro en Alemania, recuerda Cleaver..., ¿no tienen todas unos azulejos verdes y naranjas en las paredes? Cambia de canal. Una mujer seria y voluptuosa da las noticias en italiano. Cleaver la

escucha. Despliega un mismo patrón rígido en sus cadencias, observa, el mismo énfasis repentino y extravagante, a la vez rutinario y dramático, en el que él mismo es todo un maestro. Pero ésta es una observación antigua. Ha reparado en que lo mismo sucede en francés, una lengua que entiende, y en español, una lengua que no entiende. Todo debe ser apremiante, aunque esa confianza rutinaria con que lo relata es tranquilizadora.

Llega al décimo canal, al duodécimo. De pronto, en inglés. Es BBC World. Tienen un satélite. Es algo inesperado. Tal vez al final de la hora de noticias se diga algo de él, de la sorprendente dimisión de Harold Cleaver, que acaba de abandonar el programa de entrevistas que más éxito ha cosechado últimamente en la televisión británica, *Fuego cruzado*. Por el momento, un viejo conocido suyo, Martin Clabburn, entrevista a un hombre con turbante. ¿De veras pretende darnos a entender que no era consciente de haber colaborado con uno de los gobiernos más despiadados de la época moderna? Martin parece estar muy irritado, pero conserva la tranquilidad. El del turbante le da una réplica sosegada y combativa. Están conchabados. El programa sigue su curso. Cleaver se siente impaciente, se lame los dientes con la punta de la lengua. A la vista de la absoluta falsedad de esa confrontación, ha comenzado a repetir una voz dentro de su cabeza, nada podría confirmar con el mismo énfasis el acierto de tu decisión de largarte como quien se tira en paracaídas, nada. Clabburn vuelve a hacer un comentario piadosamente ofensivo al tipo del turbante, que le responde con ofensiva piedad. Lo cierto es que mientras sigas tumbado viendo esa entrevista, la verdad es que no te has marchado del

todo. El espectador siempre es cómplice. Un primer plano da a entender que la única emoción real que experimenta Clabburn es el placer que le inspira la incomodidad que a su vez imagina causar en el otro. «Cleaver despedaza al presidente»: así describió el *Guardian* su famosa entrevista. El del turbante parece disfrutar con la pelea cuerpo a cuerpo.

Cleaver debió de perderse unos minutos, tal vez incluso se adormiló, porque de forma totalmente inesperada suena atronadora la sintonía del programa; la pantalla es un caleidoscopio de escenas de dramatismo y de aparatos de alta tecnología que parecen formar un remolino en el espacio, entre algazaras, derramamiento de sangre, atletas exultantes. La televisión es terreno del que se han apropiado estos clips. El hijo mayor de Cleaver había escrito algún comentario sobre los muchos y controvertidos debates televisivos y documentales del padre. A Cleaver se le escapa cómo es posible que el muchacho se haya jactado de que su libro es una novela. Mezcla de sirena que avisa de un ataque aéreo y del gadget de última generación, el más apetitoso de tener, había escrito su hijo: la intención, según me dijo una vez mi padre en uno de sus interminables intentos por formarme como periodista, como escritor, pues hay que entender de entrada que mi padre era incapaz de hablar a nadie, de hablar con nadie sin tratar de seducirlo, caso de que fuera una mujer, o de formarlo, caso de que fuera un hombre, la intención, explicó mi padre, no era otra que instilar en el espectador una ansiedad intensa y una complacencia extrema, y hacerlo simultáneamente. ¿Yo he llegado a decir alguna vez una cosa tan inteligente?, se preguntó Cleaver. Sonrió. Desde luego, su hijo había llegado a ser todo un maestro. Le he dado una buena

formación. Mi primogénito. Luego, con las luces rojas, cambiantes, de ese clip grotesco, de cierre de programa, Cleaver echó un vistazo a la muñeca que descansaba sobre la cómoda. Está mirando: sus ojos de porcelana no esconden su embeleso, su sonrisa es de una vacuidad envidiable. Cleaver levantó el mando a distancia y apagó el televisor.

En ese preciso instante tuvo constancia de que alguien estaba cantando. En la planta baja, los hombres cantaban algo. Se oye un acordeón. Tengo hambre, comprende Cleaver. Pero hoy no es precisamente el día más indicado para quedarse *non compos mentis*. Tú no te salgas del plan. Compost mentis. Era un chiste viejísimo. Se puso los zapatos y salió al rellano, pero no logró encontrar el interruptor de la luz. Tal vez la señora, la mujer todavía de buen ver, le hubiera explicado algo que a él se le pasó por alto. Por el hueco de la escalera, a oscuras, los cánticos de los hombres llegaban a mayor volumen. Cleaver palpó a ciegas las paredes. Eran voces de hombres que cantaban un aire fanfarrón, en alemán. Se estaba arriesgando a que se le clavase una astilla. Volvió a su habitación, encendió la luz y, dejando la puerta abierta, encontró el camino a las escaleras. Desde cada uno de los estantes en sombra, según descendía, las muñecas lo miraban y le sonreían con superficial aprobación. Hay algo ruidoso en estas muñecas, concluyó Cleaver. Algo coral. Desde abajo, el coro de las voces varoniles aumentaba de volumen mientras él transitaba con pasos cuidadosos por delante de las muñecas mudas, femeninas. En el ritmo de los hombres había algo militar. Casi todos los políticos a los que he entrevistado, reflexionó Cleaver a la vez que hacía un alto para que los ojos se le acostumbrasen a la falta de luz, casi todos eran hombres;

en cambio, casi todos los espectadores y lectores que me han escrito alguna vez eran mujeres.

En el último peldaño, imaginando que estaba ya en la planta baja, tuvo un tropezón y se precipitó hacia delante, contra una mesa desde la que dos ojos vítreos lo miraban sin ver. Se abrió una puerta y vio una luz brillante a la derecha; los jugadores de naipes daban vótores y golpes en la mesa, congratulándose al terminar la canción. Un hombre alto y barbudo no prestó a Cleaver ninguna atención cuando salió por el pasillo. Cleaver volvió a colocar de pie a la muñeca y entró en el bar.

Llevaba cinco minutos sentado en una mesa, en un rincón, cuando la mujer salió de detrás de la barra por el extremo más lejano y se aproximó a él. Aún llevaba puesto el delantal, el cabello recogido bajo un pañuelo blanco. La mayoría de las muñecas llevaban también un pañuelo con el que se cubrían la cabeza. Cleaver no quiso verse reducido a señalarse la boca con el dedo. Sonrió pidiendo disculpas: ¿tiene usted, ejem, tiene algo de comer? Ella se pasó la lengua por el labio inferior sin quitarle los ojos de encima. No es consciente, como es lógico, de que Harold Cleaver tiene por costumbre hablar ante un público compuesto por más de diez millones de personas. ¿Pan?, pregunta. La mujer enarcó las cejas y miró en derredor con evidente impaciencia. Dos hombres cantaban en voz baja, llevando el compás con golpes de los vasos contra la mesa. ¿Cerveza?, preguntó ella con brusquedad. Cleaver se rindió e hizo el gesto universal. Levantó la mano derecha y se llevó tres dedos a la boca bien abierta, ensanchando los ojos con algo que sabe que cualquier espectador registrará como suave sonrisa de ironía, de burla de sí

mismo, de súplica. Zu spät, dijo la mujer. Tiene una cara atractiva, unas arrugas amistosas en torno a los ojos brillantes, pero sus mejillas delatan esa blandura en los maxilares inferiores que es propia de la edad madura. Trinkn, trinkn, trinkn!, han comenzado a cantar los hombres. Los golpes de los vasos se han tornado en un estruendo. La mujer se subió las mangas de la chaqueta y dio unos golpecitos en el reloj. Zu spät. Brot, recordó Cleaver, y entonces, Speck? Ella frunció los labios y se dio la vuelta.

Cleaver comió con la cabeza inclinada sobre un plato de madera. La cerveza está helada. Se pregunta si los hombres han dejado de cantar debido a su presencia. Más de cincuenta millones de personas presenciaron su entrevista con el presidente cuando la CBS difundió la señal en todo el país. Lo que le planteo, señor presidente —Cleaver se dio cuenta de que iba a tener que cortar el Speck en trozos más pequeños—, es que usted ha permitido sin más que su agenda se rija en función de una serie de debates y conflictos de actualidad, Oriente Medio, el terrorismo, la carga fiscal que soportan los que mejores salarios tienen, mientras que los auténticos retos de cara al futuro, el calentamiento global, el consumo excesivo, las fuentes energéticas alternativas, los ha ignorado por completo. El presidente titubeó antes de responder, momento en el cual Cleaver añadió: ¿o es que piensa usted que en una democracia es inevitable que el político que cosecha un éxito no sea sino el maestro del coro que dirige al coro que más fuerte canta? Las hilachas del jamón se le enganchaban en los dientes a cada bocado. Permítame poner en claro esta cuestión, dijo con agresividad el presidente, pero sin perder un ápice su compostura: a mí

no me dicta nadie lo que tengo que hacer. Cleaver esbozó en ese momento su famosa y peligrosa sonrisa. Vuelve a sonreír ahora a la vez que mastica: señor presidente, acaba de utilizar usted dos tópicos, uno detrás del otro. Le hacía falta un palillo. Hasta un robot podría estar programado para dar respuestas mejores que ésa.

De pronto percibió que los jugadores de naipes estaban discutiendo. A uno lo acusaban de hacer trampas. O así se lo pareció a Cleaver. El único de todos ellos que llevaba chaqueta y corbata puso ambas manos sobre la mesa y se apartó arrastrando la silla con un gesto de repugnancia. Cuando se puso en pie, otro hizo lo propio y lo empujó. Era incongruente, pero llevaba un sombrero de vaquero, un sombrero de cuero. El hombre de la chaqueta y la corbata trastabilló y estuvo a punto de caer. Todos gritaban o reían o ambas cosas a la vez. La dueña acudió corriendo a la mesa. Un hombre más joven, casi un muchacho, con pantalones verdes de pana y camisa de cuadros, tomó el acordeón del suelo y se puso a tocar con suavidad, sin apenas mover el fuelle, una música de baile campesino. Perfecto telón de fondo, se dijo Cleaver. De golpe y porrazo se zanjó la disputa y llegó a la mesa otra bandeja repleta de cervezas.

En mi habitación hace frío, dijo a la dueña. ¿Me puede dar una manta más? Hizo un gesto como si se arrebujara con la lana y se echara algo sobre la cabeza. Ella se concentró en contar las monedas que fue sacando de un bolsillo del delantal. ¡Una manta! Si no, me voy a congelar. ¡Brrr! Había sido un error pedir una cerveza fría. El hombre del sombrero de vaquero se le acercó. ¡Una gran manta para un gran hombre!, dijo con voz atronadora. Y dijo algo a la

mujer. Ésta asintió. ¡Bienvenido al Südtirol!, siguió diciendo con ánimo expansivo. Tiene una cabeza delgada, casi cilíndrica; una nariz ganchuda, aguileña, los ojos centelleantes. ¡Si quiere usted montar a caballo mientras ande por Luttach, venga a ver a Hermann! ¡El establo de Onkel Hermann! Ya le estaba colocando una tarjeta de visita a Cleaver entre los dedos helados. ¡Un gran caballo para un gran trasero! Dio una palmada y rió. Si quiere usted una mujer, pregunte a Frau Schleiermacher. Conoce a todo el mundo. ¡Ja, ja, ja! Una puta grande para quien tiene más que nadie, bromeó Cleaver. Las ocurrencias de mi padre eran interminables y, además, de una crueldad infinita, había escrito su hijo. Pero Hermann no la pescó. El Südtirol le da la bienvenida, repitió, asintiendo y riendo y tendiéndole la mano. Se la estrechó con una fuerza tremenda.

Cleaver llevaba cinco minutos tan sólo en su habitación cuando el chico del cabello teñido de negro le llevó una manta adicional. Cleaver sonrió al ver el satánico pendiente que lucía. Pero no se acordaba del nombre del muchacho. ¿Era posible que de veras se llamase Amen? Los nombres extranjeros no encuentran el casillero adecuado en nuestra mente. La hija mayor de Cleaver, Angela, había pasado por una fase en la que se adornaba con toda clase de grotescos emblemas de la muerte. Sería un craso error, y además sería faltar a la verdad, con seguridad absoluta, describirlo como un mero intento por manifestar la hondura que alcanzaba su desdicha y por comunicársela a sus inquietos padres. Hay centenares de adolescentes, anunció Cleaver con su voz tonante, que se ponen esos adornos satánicos. Sobre todo pendientes y brazaletes de plata oscura, o de acero mate, o camisetas negras con motivos

anaranjados, como el fuego del infierno. Forma parte de la parodia que se gasta el mundo moderno con todo lo que se ponga a tiro, con todo lo que alguna vez tuvo un significado y nos hizo temblar de miedo. Pero Cleaver nunca había de sopesar la posibilidad de enfrentarse con su hijo por la versión que había dado de las cosas en su libro. Casi en el acto se tendió en la cama, y casi en el acto comprendió que la manta adicional no iba a ser suficiente.

El problema son sus pies. La manta adicional sería más que suficiente, se dijo Cleaver, si ya tuviera los pies calientes. Apagó la lámpara de la mesilla. En realidad, ni siquiera notaba los pies. Alcanzó el cable y volvió a encender la lámpara. La muñeca tirolesa mira la pantalla apagada del televisor. ¡Ay, quién fuera tan insensible como una muñeca, tan ajeno al frío y al calor!

Cleaver se levantó. Se había quedado sólo con los pantalones y el chaleco. Dejando la puerta entreabierta, salió al rellano —qué pinta de gordo indecente tendría en esos momentos— y probó la puerta que la dueña de la posada le había dicho que era el cuarto de baño. Estando en su casa, lo que hacía cuando tenía fríos los pies era darse un baño bien caliente. Las ocasiones en que Amanda se los calentaba entre los muslos habían terminado casi antes de empezar. Decir que mis padres tuvieron una relación tormentosa, había escrito su hijo mayor, sería como decir que Arafat y Sharon tuvieron de vez en cuando alguna que otra trifulca. El agua de la ducha estaba fría. Cleaver aguardó, mojándose los dedos a cada tanto. A veces, las analogías de mi hijo dejan una pizca que desear, pensó. Rió incluso. El agua manaba de la alcachofa de la ducha, pero seguía fría, fría como los arroyos que manaban entre las rocas de

los Alpes en plena noche. Heißes Wasser. Ella lo había dicho sin ningún género de dudas, aunque en ese momento Cleaver empezó a preguntarse si la idea no estaría en cierto modo asociada a Frühstück. Noch nicht. De vuelta a su habitación, tuvo el primer indicio de que aquél iba a ser un problema de gravedad.

Cleaver volvió a ponerse toda la ropa que tenía, incluido el abrigo de cuero, y se metió en cama. Se levantó otra vez y dispuso las dos mantas de modo que pudiera introducirse en ellas habiéndolas enrollado. Un brazo de gitano, murmuró. La cara y la calva ahora las tiene tapadas. Respiró su propio aliento cálido a oscuras. Esta habitación huele, se dio cuenta entonces. Antes no había reparado en el olor. Los pies no se me están calentando. Era como si los tuviera separados del resto del cuerpo, como si aquello que percibía frío fuese en realidad el famoso dolor fantasma tras la amputación.

¡Mierda! De pronto, tiene ganas de fumar. Cleaver encendió la luz. La parte de *Bajo su sombra* que se ocupaba de la hipocondría crónica del padre del narrador estaba entre las más crueles y las más divertidas del libro. Cleaver desenrolló las mantas, se sentó, recogió los pies y comenzó a darse un masaje. Al cuerno el libro. Tiene la piel de un color extraño, grisáceo. Lo más pasmoso, había escrito su hijo mayor, es que la convicción constante que tenía mi padre de estar sólo a pocos instantes de un ataque cardiaco nunca le impidió comer, beber, fumar e irse de putas. Por más fuerte que se los masajeara, los pies de Cleaver seguían exactamente igual, grises, fríos, ligeramente húmedos. No había fumado un solo cigarrillo en tres meses al menos, ni había tenido a una mujer al menos en seis, de modo que

fue deprimente la sensación de que ahora tenía ganas. ¿Cómo podría matar el rato hasta que los pies me entren en calor? Buscó el mando a distancia. ¡Y éste es el hombre que tiene previsto vivir en una cabaña, en el monte, lejos de todo! Mañana sin falta tengo que ponerlo todo en claro. Tengo que hacerme con lo necesario.

Se pone otra vez los zapatos y comienza a caminar por la habitación. Caminaba sobre bloques de hielo. Al cabo de quince minutos, ningún cambio. La muñeca sigue mirando fijamente. Joder, ve pues a pedir otra manta, anunció una voz, o pide cuatro, o un edredón, o una bolsa de agua caliente. ¿No usan edredón todos los alemanes de un tiempo a esta parte? Lo que pasa es que Cleaver no va a ir a pedir nada. Eso ya lo sabe. Es algo relacionado con el problema del lenguaje. Y es un desafío: sabe que le daría vergüenza. La dueña ha supuesto que con dos mantas gruesas ya le vale. La noche no es de las más frías. Es otoño, todavía no es invierno. Mi padre, había escrito su hijo, habría competido con Carl Lewis en los cien metros lisos, con Muhammad Ali en el ring, con Pete Sampras en una pista de tenis. Era, lisa y llanamente, el hombre más competitivo que hubiera vivido nunca. A veces tengo la impresión de que eligió a mi madre, y ella a él, porque, como los dos trabajaban en los medios de comunicación, podrían seguir compitiendo el uno con el otro durante todos los días de su vida. Pero es mentira que yo compitiese con los niños, pensó Cleaver. Joder con los pies. Agarró el mando a distancia y apuntó al televisor.

Como si lo hubiera encendido con la intención de oír las noticias, BBC World arrancó en ese momento el boletín horario. Las once de la noche, hora europea. ¡BBC World!,

afirmó una voz autoritaria, ¡exija una visión más amplia de la realidad! Cleaver se sentó en la cama y volvió a quitarse los zapatos. Todo el que verdaderamente aspire a una visión inteligente de las cosas, se dijo, debería prohibirse el uso del eslogan. Lo que le falta a mi hijo, comprendió entonces al ver una toma panorámica de una aldea palestina, y tal vez sea lo mismo que le hace tener tanto éxito, es cierta percepción de lo patético. El patetismo de la inagotable superficialidad del periodismo, el patetismo del matrimonio y de la paternidad, el patetismo de los pies fríos, maldita sea. Aunque ciertamente Amanda y él no se habían llegado a casar. Cada vez que mi madre se lo proponía, mi padre decía que no, y cada vez que lo proponía mi padre era mi madre la que se negaba. Estamos perfectamente desiguales, se quejaba mi padre, que no desaparecidos. Hacemos pareja, pero no encajamos, decía mi madre. Y eso cuando no asoma un pendón desorejado y resulta que somos tres. La pareja se parece a la paja: arde como la yesca, respondía mi padre. Cleaver se masajeó los pies helados. Mi hijo tiene genio para la caricatura, resolvió. Todas las cosas y todas las personas las describía de tal modo que cupiesen en alguna casilla cultural previamente descrita. De ahí que los personajes y la acción fueran siempre memorables. Ésa es la clave del éxito. Un nombre que el público reconozca a la primera. Una situación en la que todo esté claro. El muchacho no captaba todo el patetismo, pensó Cleaver, ni tampoco la gracia. Yo mismo me perdí la mitad, o más, hace bastante tiempo.

Sin pensar, Cleaver alargó la mano a la mesilla y encendió el móvil rojo. Es preciso que me olvide de este estéril combate con mi hijo, decidió. Era agotador. Resplan-

deció la pantallita. No has venido al sur del Tirol para mantener conversaciones con el mundo que has dejado atrás. Apareció el nombre HAROLD CLEAVER junto con el número de teléfono de su domicilio. Eso lo tendré que cambiar. Tuvo que esperar unos segundos. Cleaver a menudo había tratado de visualizar aquello del aparatejo que extiende las antenas en el aire, en busca de una red que lo acogiera y le permitiera insertarse en ella. En esos momentos, hasta el móvil tiene su propio patetismo, pensó, un patetismo imaginario, el deseo de insertarse en la mentalidad colectiva. La BBC comenzó su análisis ritual de los mercados bursátiles del mundo. A estas alturas todo el mundo tiene una casilla en la que cabe el NASDAQ, el dólar frente al yen.

OST-NET, decide de pronto la pantalla. Casi en el acto el teléfono comenzó a vibrar. Un mensaje, dos mensajes. Tres, cuatro, cinco, seis. El número de mensajes se detuvo en quince, y la imagen de un sobrecito comenzó a parpadear en la esquina superior izquierda. Memoria llena. Cleaver se tentó el bolsillo interior de la chaqueta. ¡No me digas! No encuentra las gafas de leer. Rápidamente repasó todos los bolsillos de la chaqueta, de los pantalones. ¿Se puede ser así de estúpido? Tal vez, claro está, fuese mejor no leer los mensajes. Su intención era, entre otras, renunciar a la lectura en general. Forzando la vista, se preguntó en qué orden estarían escritos los mensajes. ¿Hay alguna forma de saberlo? Todos de Amanda. No, ni siquiera acertaba a ver las letras.

Apartándose del televisor, Cleaver tuvo que colocar el móvil bajo la lámpara de la mesilla, donde caía la luz de la bombilla. Ahí, por poco.

¿Q qiers q aga con tus cosas don renegado? Si d verdad tas ido, no quiero q todo sto siga aqi.

En cuanto oprimió la tecla de borrado, el teléfono vibró con la llegada de otro mensaje.

Ah tndrías q ver la factura de tel que sa marcao tu hija.

Cleaver volvió a borrar y el teléfono volvió a vibrar. Amanda era capaz de mandar mensajes de texto, reflexionó, mientras cocinaba, mientras conducía, mientras estaba en el retrete. A Amanda le encantan los mensajes de texto. Forzó la vista:

Michaels ha llamao 5 vcs n 15 min le rcordé q a los desertores se les dispara por la espalda.

Cleaver sonrió, volvió a apretar la tecla.

Ya sabía q no ibas a tenr huevos para llevarte el móvil.

Tuvo que cerrar los ojos un momento. Las letras empezaban a bailar, a diluirse. La BBC daba un reportaje sobre una lengua en vías de extinción. En Siberia. Es extraordinario el entusiasmo y el dramatismo que un equipo de la BBC logra insuflar en esos reportajes que en modo alguno afectan las vidas del 99,99 por ciento de su audiencia. Aparentemente, la maravilla era que aquellas gentes de aspecto mongol necesitaran sólo una palabra para decir me voy a cazar osos.

De vrdad voy a tirar tus cosas —volvió a mirar el teléfono— incluidas las 1as edicions.

Aunque apenas quedasen osos, se lamentaba el periodista, y fueran aún menos los hablantes de esa lengua que salieran a cazarlos.

Qrido sr fugitivo imagino q 1 día nos veremos por azar n la tumba de angie. No t apures. Haré como q no t conozco.

Cleaver sacudió la cabeza. Había sido un golpe bajo con el que quiso obtener respuesta. El accidente de Angela, se dijo, no podía ser descrito de ninguna manera como la crónica de una muerte anunciada.

Michaels ha vuelto a llamar para saber si quiero yo hacer tu trabajo. ¡Mira tú! ¿A q no t lo crees?

Cleaver no se lo creyó ni siquiera por un instante.

Si no m dics dónde stás llamo a la policía y ls digo q has desaparecido.

Con cada mensaje borrado, el teléfono volvía a vibrar. Aquello era inacabable.

T amo. Ers el único hombre con q he qrido vivir, el único padre d mis hijos.

Cleaver se preguntó si no estaría bebiendo.

No supongas q me voy a suicidar, había escrito.

Sé q m stás leyendo.

T odio.

Llamó Bill White para saber si vende el doc Balcanes a la tele francesa. No me dijo nada de dinero.

Q duermas bien hary donde quiera q stés. ¿T acordaste de llevar los tranquilizants?

Siempre dije q ers un cobarde.

Seguían llegando mensajes. A Cleaver le dolían los ojos. Sin leerlos, apretó repetidamente el botón que los abría y los fue borrando, hasta que al cabo de tres o cuatro minutos el teléfono pareció quedar en calma. Lo apagó. No voy a contestar.

La BBC se maravillaba en esos momentos por los efectos especiales empleados en una película sobre lo paranormal. Al parecer, los gráficos generados por ordenador eran más interesantes que el asunto en sí. Cleaver también

lo apagó. No me queda otra que tumbarme y dejar que pase el tiempo, pensó. Se quitó el abrigo de cuero, se volvió a envolver con las mantas y colocó el abrigo doblado en cuatro sobre los pies, que le dolían de frío. ¿Qué carajo estoy haciendo yo tan lejos de casa y de las comodidades más elementales? No se había llevado medicamentos. Esto es una estupidez. La muñeca lo miró cuando apagó la luz.

No concilió el sueño. No pienses en nada, se dijo Cleaver con determinación, en nada, en nada, en nada. Igual que una muñeca. Pasaron los minutos. Cuenta las mujeres con las que te has acostado. Era un pasatiempo bastante infalible. Se cansó. ¡Tendría que haber pensado antes en el truco del abrigo! Por fin le entraron los pies en calor, y antes de saber que estaba despertándose cuando amanecía descubrió que tenía demasiado calor. Esto es fantástico. Fue al cuarto de baño, se quedó en ropa interior, recolocó las mantas. Tenía calor en los pies. Bienvenidos a Südtirol, les dijo. Se rió por lo bajo. Notó el cuerpo enteramente maravillosamente presente, maravillosamente confortable. No recordó haber sentido nunca ese placer puramente físico, ese relajamiento. ¡Qué reacción tan desproporcionada! Tumbado a oscuras, Harold Cleaver disfrutó de una inmensa sensación de bienestar. Lo he conseguido. He escapado.